

Permaneciendo fiel en el ministerio

Nueve convicciones esenciales para cada pastor

John MacArthur



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Remaining Faithful in Ministry: 9 Essential Convictions for Every Pastor*, © 2019 por John MacArthur, Jr. y publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Permaneciendo fiel en el ministerio* © 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5889-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6787-5 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7609-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Introducción	9
1 Convencido de la superioridad del nuevo pacto	21
2 Convencido de que el ministerio es por la misericordia de Dios	29
3 Convencido de la necesidad de un corazón puro	35
4 Convencido de la necesidad de predicar fielmente la Palabra	41
5 Convencido de que los resultados le pertenecen a Dios	47
6 Convencido de su propia insignificancia	53
7 Convencido del beneficio de sufrir	59
8 Convencido de la necesidad de valor	63
9 Convencido de que la gloria futura es mejor que todo lo que este mundo pueda ofrecer	69
Índice general	75

CINCUENTA AÑOS
DE FIDELIDAD

La
obra
de la
Palabra

2 TIMOTEO 4:2

Introducción

Cuatro generaciones sucesivas de mis antepasados inmediatos incluyeron hombres que sirvieron fielmente al Señor como pastores. Dos de ellos (mi padre y abuelo) aún vivían y estaban comprometidos en el ministerio a tiempo completo cuando yo nací, y su constante dedicación en servir a Cristo tuvo un efecto perdurable en mí.

Mi abuelo murió de cáncer cuando yo aún era niño. Recuerdo vívidamente que, antes que la enfermedad le impidiera ya predicar, él había preparado un sermón titulado “Registros celestiales”. Lo único que lamentaba mientras yacía en su lecho de muerte era que no iba a tener la oportunidad de predicar ese último sermón. Papá mandó imprimir copias del manuscrito y las distribuyó en el funeral. Así que mi abuelo predicó *desde* el cielo un sermón acerca del cielo.

Mi padre sirvió fielmente al Señor hasta que murió a los noventa y un años de edad. Lo observé y aprendí de él a lo largo de los años; llevó literalmente una vida de ministerio fiel y me transmitió un rico legado de ministerio consagrado. Su influencia en mí es inmensa.

Cuando me inscribí en el seminario siendo joven, papá me presentó al doctor Charles Lee Feinberg, quien en ese momento era la autoridad evangélica principal en hebreo, historia judía y

estudios del Antiguo Testamento. El doctor Feinberg creció como judío ortodoxo y lo educaron para ser rabino antes de convertirse a Cristo. Tenía un doctorado en arqueología y lenguas semíticas. Amaba las Escrituras y se interesó especialmente en mi persona. Su enseñanza y estímulo fueron invaluable para mí durante esos años en el seminario.

Así que fui muy bendecido con varios mentores cercanos y altamente calificados que me ayudaron a prepararme para el ministerio. Estoy en deuda con todos ellos y profundamente agradecido por todo lo que me enseñaron.

Pero cuando la gente pregunta quién ha sido mi mayor influencia y modelo en el ministerio pastoral, tengo que reconocer que es el apóstol Pablo. Durante mis primeros años en el ministerio me cautivó el poder de su ejemplo. Siempre me he visto como una especie de versión moderna de Timoteo, intentando dar lo mejor (aunque a menudo frustrado por mis propios fracasos) para aprender de Pablo y emularlo... especialmente su valor, fidelidad, profundo amor por Cristo y disposición de soportar en soledad.

De todas las palabras que Pablo nos dejó bajo la inspiración del Espíritu Santo para que las consideremos, el texto que ha causado la impresión más indeleble en mi corazón es 2 Timoteo 4:6-8, la última declaración de fe registrada del apóstol antes de entregar su vida por causa del evangelio. Justo después de animar a Timoteo con las palabras “cumple tu ministerio” (v. 5), Pablo escribe:

Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Llegar al final de la vida y poder decir todas esas cosas con tanta seguridad es excepcional. En el caso de Pablo, es especialmente extraordinario. Esto es más un regocijo que una elegía. Pero viene de la pluma de un apóstol cuyo total desdén por jactarse era bien conocido. El constante rechazo de Pablo a exaltarse es evidente en todas sus epístolas. Por eso, esta declaración final de triunfo debe leerse como una expresión de profunda gratitud, paz permanente y gran alivio.

No es de extrañar. Tal vez ningún otro ministro ha enfrentado tantas dificultades, oposición tan grande o sufrimiento tan implacable como el apóstol Pablo. Sin embargo, él siguió a Cristo con fidelidad inquebrantable hasta el último momento. He aquí el modo en que resumió su experiencia ministerial. Pablo afirma que sirvió al Señor:

en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias (2 Co. 11:23-28).

A pesar de todas esas dificultades, Pablo seguía dedicado a Cristo cuando exhaló su último aliento. Asombra que cuando acabó “la carrera” no hubiera multitudes terrenales que le celebraran el

triunfo. Nadie le concedió un trofeo. Nadie lo aclamó ni le reconoció sus logros.

También es notable que cuando comenzó a escribir sus últimas palabras registradas, su segunda epístola a Timoteo, Pablo no parecía triunfante en absoluto. Desde una perspectiva humana, se puede apreciar una soledad generalizada en ese último capítulo de la epístola final del apóstol. El mundo ingrato estaba a punto de decapitarlo. La vida del apóstol iba a terminar en forma ignominiosa. Este hombre incansable que escribió una parte importante del Nuevo Testamento también había plantado más de una docena de iglesias estratégicas y había preparado a muchos otros pastores, evangelistas y misioneros. Personalmente había llevado el evangelio a multitudes a través de la región mediterránea: desde Jerusalén y Antioquía hasta Roma. Pero Pablo ahora iba a morir prácticamente solo. Según todas las apariencias terrenales, este era un final trágico para una vida decepcionante.

No obstante, Pablo mismo tenía una perspectiva mejor y más celestial. No estaba frustrado ni desilusionado. Justo antes de entregar su vida por el evangelio, el apóstol escribió esta última epístola inspirada a Timoteo, el protegido a quien le entregaría la batuta. El tono de su instrucción y consejo sugiere que, a medida que se acercaba la muerte de Pablo, su hijo espiritual Timoteo podría haber estado totalmente desanimado... quizás incluso a punto de abandonar el ministerio.

Pablo enfrenta directamente los hechos, sin miedo ni lamentos. No minimiza ni pretende disimular el hecho de que muchos de sus antiguos compañeros de trabajo y discípulos ya lo habían abandonado, e incluso se mantenían a distancia quienes se hallaban espiritualmente alineados con él. El apóstol prácticamente comenzó esa epístola final a Timoteo escribiendo: “Ya sabes esto,

que me abandonaron todos los que están en Asia” (2 Ti. 1:15). Luego, en el último capítulo agregó estos detalles:

Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica. Crescente fue a Galacia, y Tito a Dalmacia. Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio. A Tíquico lo envié a Éfeso. Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos. Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus hechos. Guárdate tú también de él, pues en gran manera se ha opuesto a nuestras palabras. En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta (4:10-16).

Lo que me sorprende es que Pablo no estaba frustrado ni amargado por toda esa adversidad. Es más, veía sus circunstancias como una ocasión para dar gloria a Dios. Sus palabras siguientes fueron: “Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (vv. 17-18).

Así Pablo se mantuvo fiel hasta el final. Perseveró por puro amor al Señor, por el simple gozo de obedecer, con sus esperanzas puestas firmemente en el cielo.

Tal actitud es la clave esencial para cualquiera que busque ser un ministro fiel de Cristo. Pablo expresó: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Co. 11:1; cp. 4:16). Ese es un mandato que ha pendido sobre mi corazón y conciencia durante todos los años que he estado en el ministerio.

Una pregunta en la que he reflexionado mucho es: ¿Cómo alguien hace eso? ¿Cómo puede una persona pasar por todos los reveses ministeriales que experimentó Pablo y mantenerse firme, inamovible, abundando siempre en la obra del Señor? ¿Cómo podemos cultivar esa misma clase de compromiso? ¿Cómo podemos terminar la carrera triunfalmente cuando nuestro rumbo está plagado de obstáculos que parecen insuperables (“en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores”), según los describe el mismo Pablo (2 Co. 7:5)?

Detalladas respuestas a estas preguntas las resume el mismo apóstol en 2 Corintios 4. Ese es el capítulo principal que deseo explorar en este pequeño libro.

Trasfondo de 2 Corintios

El apóstol Pablo escribió su segunda epístola inspirada a los Corintios durante un período en su ministerio en que tenía todos los motivos para estar desanimado. Había fundado la iglesia en Corinto y había servido allí como pastor durante dieciocho meses (Hch. 18:11). Su obra misionera lo impulsó a seguir adelante, pero él se mantuvo en contacto directo con los corintios. Su primera epístola inspirada a esa iglesia constituye un informe extenso y detallado de varios problemas que atribulaban a la congregación. Se trata de una agotadora serie de cuestiones pastorales muy difíciles, pero Pablo responde a cada tema con bondad paternal, abundante sabiduría y sencilla claridad. Pese a todo, muestra una preocupación profunda y auténtica por los corintios. El apóstol se muestra paciente, servicial y consolador, la personificación de un pastor con un gran corazón que conocía de veras a las ovejas y las amaba.

Sin embargo, cuando Pablo escribió 2 Corintios era objeto de

intensos ataques en Corinto por parte de algunos propagadores de falsas doctrinas —falsos apóstoles— que habían aparecido durante la ausencia de Pablo y se habían infiltrado en la iglesia de Corinto. Esos falsos maestros hacían todo lo posible por destruir la reputación de Pablo. Con agresividad intentaban socavar la influencia del apóstol en esa iglesia. Ya que la enseñanza de estos individuos era una corrupción del evangelio, representaba una grave amenaza para la salud espiritual y el testimonio de la iglesia en Corinto. Los falsos apóstoles habían centrado su ataque personalmente en Pablo; tanto su carácter como el contenido de su enseñanza estaban bajo inclemente asalto. Por tanto, se vio obligado a defenderse, y lo hace en una forma interesante: no jactándose de sus propios logros ni tratando de enaltecerse, sino exaltando a Cristo en tal manera que puso al descubierto la hipocresía y las falsedades interesadas de los falsos maestros.

Lo esencial y básico de la defensa de Pablo se resume en 2 Corintios 4:5: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús”. Esa es una declaración breve del llamado y la comisión de todo verdadero ministro. El evangelio es un mensaje acerca de Cristo, quien en todo momento debe ser el enfoque singular del mensaje que proclamamos. Los falsos apóstoles y los asalariados siempre parecen encontrar una manera de cambiar la atención hacia sí mismos. Se convierten en el personaje central de toda anécdota. Se pintan como los héroes de cada historia que cuentan. Por tanto, hacen de su predicación poco más que una exhibición de sus propios egos. Los púlpitos de hoy están llenos de hombres que constantemente predicán acerca de ellos mismos.

Nadie, mucho menos los corintios, podía acusar legítimamente al apóstol Pablo de hacer eso. He aquí el modo en que describió su

ministerio en Corinto: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). A pesar de que la audiencia exigía algo más, Pablo predicaba a Cristo. “Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado” (1:22-23). En Gálatas 6:14 afirmó: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Esa era la perspectiva del apóstol.

Creo que cuando escribió: “No nos predicamos a nosotros mismos”, es probable que Pablo tuviera en mente las palabras de Jeremías en la profecía del Antiguo Testamento acerca de los profetas que hablaban por imaginación propia: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová” (Jer. 23:16). Jesús mismo expresó en Juan 7:18: “El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca”. Pablo definitivamente no buscaba su propia gloria. Al contrario, informó lo siguiente: “Predicamos a... Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Co. 4:5).

La palabra “siervos” atenúa de algún modo la fuerza de la declaración de Pablo. No se describe como un mayordomo vestido de gala o un mesero en un restaurante elegante. La palabra que usa significa “esclavos”: propiedad humana; alguien que legalmente pertenece a otro. El apóstol reconoce que ha sido comprado por un precio, y que ya no se pertenece a sí mismo (cp. 1 Co. 6:19-20). Esa convicción fue el punto de partida de toda la filosofía ministerial de Pablo.

Al dar a conocer su filosofía en 2 Corintios 4, Pablo nos brinda una respuesta detallada a la pregunta de cómo se mantuvo fiel en medio de tanta adversidad. Empieza el capítulo con esta triunfante

declaración: “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos” (v. 1).

Notemos primero la última frase en el versículo: “No desmayamos”. El versículo 16 repite exactamente las mismas palabras. Entonces, el breve testimonio que Pablo da en este capítulo está asociado con idénticas afirmaciones sobre su determinación de servir a Cristo sin desmayar.

Las traducciones al español tienden a subestimar lo que Pablo estaba diciendo. La Biblia de las Américas dice: “No desfallecemos”. Las traducciones modernas típicamente declaran: “Nunca nos damos por vencidos” (o algún equivalente cercano). El verbo griego que Pablo usa (*ekkakéo*) es una combinación de dos palabras comunes. La primera es una forma de la preposición *en*, la cual indica encontrarse en un estado de reposo o rendición “en” o “en medio de” algo. La raíz principal es un sustantivo, *kakéo*, que significa “maldad” o “depravación”. Por tanto, el sentido de la expresión es: “No nos rendimos a la maldad”, mucho más fuerte que si él estuviera diciendo simplemente: “No nos cansamos”.

En otras palabras, esto no tiene solo que ver con resistir fatiga, desánimo o cobardía. Hay una nota poderosa de desafío en el tono de Pablo. Lo que él quiere decir es: “No desertamos; nos negamos a ceder al mal en cualquier manera”.

¿Qué lo motiva a hacer esa declaración en este contexto? Sutilmente, Pablo reconoce por implicación que su experiencia con los corintios tenía el potencial de llevarlo a abandonar el ministerio. Esa iglesia llena de problemas le había causado una dificultad tan profunda y un desánimo tan penetrante, que una persona con menos madurez espiritual podría haber estado tentada a tirar la toalla. Los pecados de los corintios, su superficialidad, su rebelión y su inestabilidad hacia Pablo son claramente evidentes en las dos

epístolas inspiradas que les escribió. En esa iglesia había impureza moral, celos, juicios, incesto y vergonzosa profanación de la Cena del Señor. Como si esto fuera poco, las críticas que le hacían a Pablo eran descorazonadoras, y él se lo dice (12:11-14).

En 1 Corintios 16:12, el apóstol dice que instó a Apolos a llevar a Corinto un equipo de líderes calificados para tratar de resolver los problemas que allí había. Pero la iglesia en Corinto tenía tantos problemas que a Apolos no le quedaron ganas de volver allá. En resumen, esta era una iglesia que nadie quería pastorear.

Pablo, en realidad, les escribió por lo menos cuatro cartas. Dos las tenemos recogidas en el Nuevo Testamento, y las otras dos (que no forman parte del canon inspirado) se mencionan en las dos que tenemos. Por el contenido de las cartas, es evidente que cualquier cosa que se remediara por las amonestaciones de Pablo en 1 Corintios no fue suficiente, porque la iglesia rápidamente acogió a estos hacedores teológicos de maldad que tenían planeado destruir la confianza de la iglesia en Pablo. Estos falsos apóstoles autonombrados acusaron y difamaron implacablemente al apóstol verdadero.

Pablo hizo una visita a Corinto que no resultó bien. Por tanto, se alejó sintiéndose peor que antes de llegar. En ese momento les escribió una fuerte carta. Además, después de esa desastrosa visita decidió no volver a Corinto (2 Co. 2:1).

Sin embargo, cuando resultó evidente que estos falsos y peligrosos maestros ganaban una influencia dominante en la iglesia, el corazón de Pablo se quebrantó. Esta era la clase de cuestiones que podían hacer que un ministro abandonara el ministerio. Estaban criticándole severamente el carácter. Le cuestionaban sus méritos. Tal vez explotaban la controversia que tuvo con Pedro (véase Gá. 2:11). Lo calumniaban en todas las formas posibles. Decían

que era poco convincente como orador. Hicieron esta acusación lo más personalmente ofensiva posible, diciendo que no solo era tosco como orador (2 Co. 11:6), sino que también su presencia personal no impresionaba a nadie (10:10). Era una experiencia deprimente trabajar con esa iglesia.

Pablo apenas disimuló su propia frustración con la iglesia en Corinto a lo largo de esta segunda epístola. Esto puede verse desde el principio en el énfasis que pone en la misericordia y el consuelo de Dios: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones” (1:3-4). En el capítulo 2 habla de tristeza. Este es el dolor de la pena... su propio dolor después de esa desastrosa visita a Corinto, y el dolor de los corintios cuando recibieron esta fuerte carta. Los capítulos 4, 6, 7, 10, 11, 12 y 13 abordan los problemas en esa congregación, especialmente la actitud rencorosa y cínica que tuvieron hacia el apóstol que se sacrificó por la iglesia que él había fundado y a quien le debían todo. He aquí un hombre que trata con una congregación obstinada y sumamente decepcionante de individuos en cuyas vidas él había vertido su propia vida y energía. Por eso, cuando Pablo enumera sus dificultades en 11:23-27 y lo acentúa diciendo: “Además de [estas] otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias”, tal declaración está cargada de significado.

No obstante, a pesar del antagonismo, la calamidad y las privaciones que enfrentó en cada fase de su ministerio, Pablo no cedió ante el mal. A pesar de los problemas con los que tuvo que tratar en cada iglesia que plantó, de la oposición que enfrentó, de todos los desalientos que lo asaltaron, de los sufrimientos que soportó, sin embargo, permaneció fiel a Cristo en todos los aspectos. De

todos los personajes que encontramos en las Escrituras, aparte de Cristo mismo, Pablo es quien mejor encarna una fe infatigable, persistencia incansable y determinación firme. No existe ejemplo bíblico más dramático de devoción pura a Cristo. En 2 Corintios 4, el apóstol mismo explica los factores que contribuyeron a esta extraordinaria perseverancia.

He aquí nueve razones por las que Pablo no se desanimó. *Una:* se veía a sí mismo como un administrador de Dios, a quien se le había confiado un nuevo y mejor pacto. *Dos:* veía ese papel no solo como un gran privilegio, sino también como una gran misericordia extendida hacia él por la gracia de Dios. *Tres:* estaba decidido a mantener puro y recto su propio corazón, y entendía que la fidelidad es un elemento clave en la búsqueda de verdadera integridad. *Cuatro:* tenía una pasión determinante, es decir, su consagración a predicar la Palabra de Dios. *Cinco:* entendía que la Palabra de Dios no vuelve vacía (Is. 55:11), por lo que no le frustraban las normas humanas de éxito o fracaso. *Seis:* era un hombre humilde que no buscaba elogios ni reconocimiento, sino que iba tras la gloria de Dios a toda costa. *Siete:* sabía que Dios utiliza nuestro sufrimiento como un medio para santificarnos, y estaba deseoso de participar en la comunión de los sufrimientos de Cristo. *Ocho:* estaba familiarizado con los grandes héroes de la fe en el Antiguo Testamento, e intentaba emular su valor. Y *nueve:* Pablo tenía su corazón centrado en el cielo y en las cosas de arriba, sabiendo muy bien que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria venidera.

Estas son nueve convicciones inquebrantables que mantuvieron fiel a Pablo. Las veremos claramente a medida que avanzamos en el texto de 2 Corintios 4. Alistémonos y dediquemos tiempo a examinar con mayor detalle cada una de esas ideas.



Convencido de la superioridad del nuevo pacto

En 2 Corintios 4, Pablo empieza con la declaración: “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio“ (v. 1). La frase “por lo cual” nos remite por supuesto al capítulo anterior. Podría parecer una antigua frase trillada, pero es una regla importante a seguir: cuando ves en la Biblia la frase *por lo cual*, debes preguntar *por qué está allí*. En este caso, une lo que Pablo está a punto decir con el tema que analizaba en el capítulo 3. Este capítulo es una comparación detallada y también un contraste entre el antiguo y el nuevo pacto.

El inicio del nuevo pacto (que indica la terminación del antiguo pacto) no representó un cambio sin importancia que Pablo observara con interés académico como alguien ajeno al tema. Significó un cambio radical que alteró por completo su plan de vida e hizo añicos su visión del mundo. Pablo era hebreo de hebreos de una línea de fariseos que pertenecían a la más noble de las doce tribus judías. Fue criado desde el nacimiento para ser celoso de la ley. Se había dedicado a la tradición farisaica. Era tan escrupuloso

con relación a las ceremonias y características externas de la ley, que parecía absolutamente inmaculado ante quien observara la vida que él llevaba. Esa es la esencia de su testimonio personal en Filipenses 3:4-6. (El apóstol dio un testimonio similar al rey Agripa en Hch. 26:4-5, hablando de la meticulosidad de su legalismo y su adherencia estricta a las exigencias del antiguo pacto).

Pero cuando Pablo fue derribado por el mismo Señor Jesús en el camino a Damasco, todo cambió. La historia de la conversión del apóstol (una versión que presenta los detalles históricos pertinentes) se narra en Hechos 9, y Lucas relata, además, cómo el mismo Pablo volvió a contar la historia dos veces más, en Hechos 22:3-21 y 26:12-23. El testimonio que ofrece en Filipenses 3 omite los detalles históricos a fin de resaltar las repercusiones espirituales de largo alcance de su nuevo nacimiento. Allí declara en lenguaje gráfico cuán profundamente cambiaron su manera de pensar y su estilo de vida en la conversión. En esencia, Pablo asegura que, cuando Cristo lo tomó ese día, se dio cuenta de pronto que todo su legalismo del antiguo pacto no era más valioso para él ni menos ofensivo para Dios que si intentara ofrecer un montón de estiércol sobre el altar. Pablo despertó a la verdad de Isaías 64:6:

Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia.

El sustantivo hebreo que Isaías usó habla de un trozo de tela que se ha ensuciado y manchado con una descarga corporal impura. Solo sirve para ser quemado. Esta es una imagen deliberadamente repulsiva, pero muestra cómo Dios ve todos los intentos de los pecadores por alcanzar justicia bajo la ley.

Lo que Pablo aprendió, además, es que una justicia realmente perfecta e inmaculada (la obediencia perfecta que exige la ley) es

imputada a aquellos que creen en Cristo. Durante su vida terrenal Cristo cumplió toda demanda de la ley del antiguo pacto y más (Mt. 3:15). Y lo hizo todo a favor de su pueblo, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Por tanto, Pablo afirma que desechó su justicia propia duramente ganada porque no era mejor que aguas residuales humanas. Declaró: *He considerado tales cosas como basura* “para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:8-9).

En su conversión, cada faceta de la vida de Pablo cambió radicalmente, empezando con su apego al pacto mosaico. Vio al instante que la ley condena el pecado y no puede salvar a los pecadores (Ro. 3:20; 7:9-11; Gá. 3:10). “La ley produce ira” (Ro. 4:15). Y la ley impone sentencia de muerte a todos sin excepción, porque nadie puede cumplirla. Por tanto, la ley tiene poder solo para dar muerte a los pecadores, no para redimirlos.

Lo que está diciendo no es que la ley en sí sea mala. Al contrario, “la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro. 7:12). Sin la ley tendríamos un entendimiento deficiente de lo que la justicia de Dios exige de nosotros (v. 7). El problema radica en el pecador, no en la ley.

No obstante, el nuevo pacto suple y perfecciona todo lo que faltaba en el antiguo pacto. Hebreos 8:6 nos dice que “ahora tanto mejor ministerio es el [de Cristo], cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas”. Más que eso, el nuevo pacto reemplaza y elimina por completo al antiguo: “Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero” (v. 13).

El antiguo pacto se enuncia en centenares de mandamientos detallados y demandantes; el nuevo pacto se centra solo en Cristo y su obra consumada. Si la pieza central del antiguo pacto

era la ley de Moisés (con sus rigurosas demandas ceremoniales y su inflexible sentencia de muerte), el núcleo y el alma del nuevo pacto es la promesa de vida en Cristo. Obviamente, el nuevo es “un mejor pacto” (He. 7:22).

El antiguo pacto no podía proporcionar justicia. Cristo provee para su pueblo la justicia que la ley exigía, pero que no podía suministrar. El antiguo pacto era temporal; el “cual había de perecer” (2 Co. 3:7). Pero el nuevo pacto es permanente, nunca será reemplazado. El antiguo pacto pronunciaba muerte y perdición sobre los pecadores; el nuevo pacto ofrece vida.

“La letra mata, mas el espíritu vivifica” (2 Co. 3:6). Ese es el punto clave que Pablo resalta en 2 Corintios 3, y que resalta cada uno de esos contrastes. En el versículo 7 llama al antiguo pacto “el ministerio de muerte”, y en el versículo 8 al nuevo pacto lo llama “el ministerio del espíritu”. El versículo 9 habla del antiguo pacto como “el ministerio de condenación”, y al nuevo pacto como “el ministerio de justificación”. En el versículo 11 contrasta “lo que perece” (el antiguo pacto) con “lo que permanece” (el nuevo pacto). Esa misma idea se repite en Hebreos 13:20, cuando habla del nuevo pacto como “el pacto eterno”.

En resumen, el antiguo pacto no ofrecía esperanza a los pecadores. El nuevo pacto ofrece “tal esperanza [que] usamos de mucha franqueza” (2 Co. 3:12). Las ideas de franqueza, confianza, suficiencia y competencia constituyen un hilo que atraviesa el capítulo 3 (vv. 4-6, 12). Pablo nos da su respuesta a una pregunta que había formulado al final del capítulo 2: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?”. Su respuesta, en una sola frase, es: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que *nuestra competencia proviene de Dios*” (3:5). Y todo este análisis del nuevo pacto en 2 Corintios 3 es, por tanto,

una descripción detallada de cómo las características distintivas del nuevo pacto han hecho que los apóstoles y sus colaboradores sean competentes para el ministerio que Dios les asignó. Cada punto que Pablo señala en este contexto se aplica a todos los que en la historia de la Iglesia han predicado fielmente el evangelio, e incluye a los que Dios ha ordenado y llamado al ministerio en nuestra generación y en los años venideros.

El antiguo pacto era nublado y velado (vv. 13-14); el nuevo pacto es claro y despejado. Todos los misterios del antiguo pacto se revelan en Cristo. Eso es lo que Pablo quiere decir en el versículo 14 cuando afirma que el velo del antiguo pacto es quitado en Cristo. Hebreos 1:1-2 declara, asimismo, que la revelación definitiva y suficiente de Dios para esta época se nos ha entregado de una vez por todas en Cristo. Tal texto y su referencia cruzada representan una declaración formal de la finalidad y eternidad del nuevo pacto.

Es significativo que Pablo se refiera al nuevo pacto como “el ministerio del espíritu” (2 Co. 3:8). La venida del Espíritu Santo en Pentecostés es uno de los acontecimientos clave que señalaron la transición del antiguo pacto al nuevo. Desde luego que el Espíritu también estuvo actuando a lo largo del Antiguo Testamento, pero la profundidad total de la doctrina trinitaria simplemente no es prominente en el Antiguo Testamento. El lugar y la función del Espíritu en la Divinidad trina es una de las verdades monumentales de las que se ha quitado el velo del antiguo pacto. El Espíritu también parece tener un rol nuevo y exclusivo bajo el nuevo pacto: habitar permanentemente en cada creyente, darle poder y conformarlo constantemente a la semejanza de Cristo llevándolo de un nivel de gloria al siguiente (vv. 17-18). Por supuesto, esta es una de las anclas que sostuvo a Pablo en el conocimiento de que su competencia para la tarea del ministerio provenía de Dios.

Esto era prueba de que el Señor mismo proporcionaría suficiente gracia para cada necesidad. El Espíritu de Dios, que reside en las vidas de los creyentes, le aseguró a Pablo que incluso las pruebas y las desilusiones extremas que enfrentaría en su ministerio en última instancia simplemente lo perfeccionarían, confirmarían, fortalecerían y afirmarían (cp. 1 P. 5:10). “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad” (Ro. 8:26). Ese es en realidad todo el tema y la esencia de Romanos 8.

Aquí vemos a un hombre que salió de la desesperanza del antiguo pacto e ingresó a la certidumbre y seguridad del nuevo pacto. Pablo nunca perdió su sentido de asombro cuando pensó en el nuevo pacto. Sabía de qué había sido liberado. Cada prueba que enfrentaba era eclipsada por la liberación que ya le había proporcionado la gracia soberana de Dios a través de Jesucristo. Era un honor asombroso e inmerecido para él ser llamado al servicio del Señor, y lo entendía más que nadie.

Es evidente que Pablo tenía eso en mente cuando originalmente planteó la inquietud de su propia suficiencia, pues escribió:

A Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? (2 Co. 2:14-16).

En realidad, ningún ser humano podría echar sobre sí mismo una responsabilidad tan grande o tener esa clase de influencia perdurable. Pero Pablo es un predicador del nuevo pacto, un instrumento de Dios que tendrá influencia en la eternidad de personas, sea en

el cielo o en el infierno. ¿Qué necio a quien se le da tal llamado se conformaría con algo menos que eso?

Este es un argumento poderoso para mantenernos centrados en la verdad del evangelio, proclamando todo el mensaje del evangelio, estudiando los detalles del evangelio, defendiendo las doctrinas del evangelio, meditando en las promesas del evangelio, animándonos unos a otros con los preceptos del evangelio y cantando las glorias del evangelio. Nunca debemos olvidar el gran privilegio que significa ser llamados como ministros del nuevo pacto. Esa es la clave primera y fundamental para la perseverancia constante de Pablo.

